

De la esperanza transformadora al pragmatismo electoral: fractura ideológica y desafección en MORENA

From transformative hope to electoral pragmatism:
ideological fracture and disaffection in MORENA

Jonathan Abraham Quintero García

El Colegio de San Luis, San Luis Potosí, México.

jonathan.quintero@colsan.edu.mx

[HTTPS://ORCID.ORG/0000-0002-0357-016X](https://orcid.org/0000-0002-0357-016X)

DOI: 10.61820/ALB.2954-3878.2195

Fecha de recepción: 17 de febrero del 2026

Fecha de aprobación: 13 de abril del 2026

RESUMEN

Este ensayo analiza la transición del partido Movimiento de Regeneración Nacional (MORENA) de un movimiento político con vocación transformadora a una organización institucionalizada orientada a la maximización electoral. A partir de enfoques teóricos sobre institucionalización partidista, populismo y representación política, se examina la tensión entre su narrativa humanista de izquierda y la incorporación progresiva de élites políticas vinculadas al orden neoliberal. Se sostiene que este proceso ha derivado en una reconfiguración del bloque político, así como en una fractura simbólica entre la dirigencia partidista y sus bases sociales originarias. Asimismo, se argumenta que la consolidación institucional, si bien ha fortalecido su capacidad electoral y su presencia territorial, ha generado riesgos de dilución ideológica, debilitamiento de la participación militante y desafección política en sectores previamente movilizadas en torno a demandas de justicia social, redistribución y transformación estructural. Finalmente, se plantea que el principal desafío para MORENA radica en equilibrar su expansión pragmática con la preservación de un horizonte normativo coherente que permita sostener su legitimidad histórica y su capacidad transformadora.

Palabras clave: desafección política, institucionalización partidista, MORENA, representación política, populismo.

ABSTRACT

This essay analyzes the transition of the political party Movimiento de Regeneración Nacional (MORENA) from a transformative political movement to an institutionalized organization oriented toward electoral maximization. Drawing on theoretical approaches to party institutionalization, populism, and political representation, it examines the tension between its left-wing humanist narrative and the progressive incorporation of political elites linked to the neoliberal order. It argues that this process has led to a reconfiguration of the political bloc, as well as a symbolic fracture between party leadership and its original social base. Furthermore, the essay contends that institutional consolidation, while strengthening electoral capacity and territorial presence, has generated risks of ideological dilution, weakening of grassroots participation, and political disaffection among sectors previously mobilized around social justice, redistribution, and structural transformation. Finally, it suggests that MORENA's main challenge lies in balancing pragmatic expansion with the preservation of a coherent normative horizon capable of sustaining its historical legitimacy and transformative potential.

Keywords: political disaffection, party institutionalization, MORENA, political representation, populism.

INTRODUCCIÓN

La victoria del partido Movimiento de Regeneración Nacional (MORENA) en las elecciones del 2018 fue percibida por diversos sectores sociales como una oportunidad para desvincularse del régimen denominado neoliberal que ha estructurado la economía y la política en México desde la década de 1980. Más que un simple cambio de partido, se interpretó como la posibilidad de reconfigurar el Estado bajo una nueva ética pública, centrando la atención en aquellos que históricamente han sido marginados. Esta victoria simbolizó la materialización institucional de un ciclo de indignación contra la corrupción, la desigualdad y la violencia (Bruhn, 2021; Trejo y Ley, 2020).

La esperanza de cambio debe entenderse también como un proceso de construcción hegemónica. El discurso fundacional se organizó en torno a la dicotomía entre *el pueblo* y *la élite* corrupta, siguiendo la lógica populista identificada por Laclau (2005) en contextos de crisis de representación. MORENA articuló demandas laborales, territoriales y culturales en torno a la idea de regeneración nacional. Este proceso se sustentó en la militancia territorial y en una narrativa dirigida a trabajadores precarizados, campesinos, pueblos originarios, juventudes excluidas y movimientos feministas. Inicialmente, actuó como un *partido-movimiento*, término descrito por Levitsky y Roberts (2011) como organizaciones que emergen de movilizaciones sociales con una identidad programática bien definida.

Sin embargo, el acceso al poder suele transformar la naturaleza de los partidos. La literatura sugiere que, a medida que se consolidan, enfrentan una tensión entre la coherencia ideológica y la expansión electoral. Panebianco (1988) indica que tienden a abandonar

la lógica militante en favor de una profesionalizada; mientras que Kirchheimer (1966) describe la transición hacia el partido *catch-all*, en el que la búsqueda de votos sustituye a la identidad doctrinal. Desde la perspectiva de la izquierda social, este cambio implica una redefinición de alianzas. La incorporación de élites tradicionales no debe interpretarse únicamente como un acto pragmático, sino como una reconfiguración del bloque político. Gramsci (1992) explica que la hegemonía implica dirección moral e intelectual y que, sin una reelaboración ideológica, el proyecto corre el riesgo de diluirse.

La tensión se manifiesta en la percepción del desplazamiento de las bases originales. Pitkin (1985) distingue entre representación descriptiva y sustantiva. La promesa inicial se dirigía a esta última; no obstante, la concentración de posiciones estratégicas en figuras con trayectoria previa genera interrogantes sobre la profundidad del cambio. Este fenómeno puede ser analizado desde la noción de desafección política. Mair (2013) advierte que los partidos tienden a fusionarse con el Estado y alejarse de sus bases. Este vaciamiento no implica una derrota inmediata, pero sí la erosión del vínculo entre la dirigencia y la sociedad.

La experiencia latinoamericana demuestra que la institucionalización puede conducir a una moderación programática (Levitsky y Roberts, 2011). Gobernar requiere mayorías; sin embargo, si éstas replican las lógicas criticadas, la legitimidad moral se ve comprometida. En México, la consolidación de MORENA ha fortalecido su posición institucional, pero también ha suscitado cuestionamientos sobre su coherencia ideológica. La distinción entre pueblo y élite se vuelve menos nítida cuando se incorporan actores tradicionales sin una redefinición explícita de su posición dentro del proyecto. Como señala Weyland (2001), el populismo en el gobierno enfrenta el reto de traducir la retórica en gobernabilidad.

Este ensayo argumenta que la fractura entre el discurso humanista y la práctica forma parte de un proceso estructural de institucionalización. La transición hacia el partido *catch-all* implica centralización y profesionalización, pero también conlleva el riesgo de debilitamiento ideológico. Desde la izquierda social, el problema no radica en la expansión en sí, sino en la subordinación del horizonte transformador a la lógica electoral. La hegemonía puede coexistir con un debilitamiento ideológico, la cuestión es si este proceso compromete la posibilidad de una transformación estructural. Comprender esta tensión exige evitar tanto la defensa acrítica como la condena simplista y asumir un análisis que permita evaluar si la mutación organizativa fortalece o debilita el horizonte de justicia social que dio sentido al movimiento.

INSTITUCIONALIZACIÓN Y MUTACIÓN ORGANIZATIVA DE MORENA

Del partido-movimiento a la estructura estatal

La institucionalización de MORENA representa uno de los procesos organizativos más acelerados en la historia reciente del sistema de partidos en México. En menos de diez años, esta organización pasó de ser una fuerza emergente con una base militante territorial a convertirse en el partido dominante, detentando el control presidencial, una mayoría legislativa y una notable presencia en los gobiernos estatales. Este proceso no

puede ser analizado exclusivamente en términos de crecimiento electoral, conlleva una transformación estructural en la lógica organizativa del partido.

Panebianco (1988) argumenta que la institucionalización de los partidos políticos ocurre cuando una organización deja de depender fundamentalmente del liderazgo carismático o de la movilización militante, y desarrolla reglas internas estables, mecanismos de profesionalización y redes de incentivos orientadas hacia la reproducción organizativa. En su fase inicial, MORENA operaba con una fuerte impronta carismática y una militancia activa en torno a un liderazgo central. Sin embargo, tras alcanzar el poder ejecutivo federal, el partido ingresó en una nueva etapa: la consolidación como un aparato con la capacidad de administrar el territorio y distribuir posiciones políticas.

Este tránsito no es inusual. Kirchheimer (1966) ya había señalado que los partidos que logran expandir su base electoral tienden a transformarse en organizaciones de tipo *catch-all*, para luego disminuir su énfasis doctrinal y ampliar su espectro de alianzas. La lógica se desplaza de una movilización ideológica intensiva hacia una agregación extensiva de apoyos. Desde una perspectiva crítica situada en la izquierda social, este cambio implica una tensión fundamental: cuando la estructura partidista se enfoca prioritariamente en la gestión del poder estatal, la dimensión militante y pedagógica tiende a debilitarse. El partido ya no requiere movilizar para resistir; necesita administrar para mantener la hegemonía.

Centralización decisional y profesionalización política

Un rasgo distintivo de los procesos de institucionalización es la centralización en la toma de decisiones. Panebianco (1988) sostiene que a medida que los partidos consolidan su poder, tienden a concentrar los mecanismos de selección de candidaturas y designación de cargos en grupos de dirigentes reducidos, alejándose de procesos deliberativos más amplios.

En el contexto de MORENA, la selección de candidaturas para gubernaturas, alcaldías y legislaturas ha estado influenciada por mecanismos como encuestas internas, cuya metodología y transparencia han sido objeto de debate público. Si bien estos instrumentos pueden ser justificados como métodos ágiles para resolver la competencia interna, su uso reiterado ha restringido los procesos deliberativos orgánicos en los comités de base.

La profesionalización también conlleva la incorporación de individuos con experiencia administrativa y capital político previo. Desde una perspectiva funcionalista, esto puede interpretarse como una racionalización organizativa. Sin embargo, desde una postura ideológica de izquierda, se plantea la interrogante de si esta profesionalización refuerza la coherencia programática o si desplaza la identidad transformadora hacia una lógica tecnocrática.

Levitsky y Roberts (2011) advierten que los partidos de izquierda en América Latina, al institucionalizarse, corren el riesgo de desconexión con su base movilizadora cuando priorizan la gobernabilidad sobre la participación interna. Esta tensión se torna especialmente evidente cuando la dirigencia partidista favorece acuerdos cupulares para asegurar mayorías legislativas o estabilidad territorial.

Incorporación de élites tradicionales y ampliación pragmática

Uno de los aspectos más debatidos en el proceso organizativo de MORENA ha sido la inclusión de figuras provenientes de partidos tradicionales y de élites políticas regionales. Desde una perspectiva estratégica, esta inclusión puede interpretarse como una expansión pragmática necesaria para establecer una hegemonía territorial.

No obstante, teóricamente, este fenómeno se inserta en la lógica del partido *catch-all*. Kirchheimer (1966) argumenta que los partidos dominantes tienden a abandonar las barreras ideológicas estrictas para atraer a segmentos diversos del electorado. La incorporación de actores con trayectorias vinculadas al régimen previamente criticado introduce una mutación simbólica en la identidad del partido.

Desde la teoría populista, esta mutación resulta problemática, ya que el antagonismo constitutivo que articulaba la identidad inicial pierde densidad política y capacidad de diferenciación. Al integrar antiguos representantes del bloque adversario sin una redefinición clara de su posición ideológica, el antagonismo constitutivo se diluye. No se debe afirmar que toda expansión es necesariamente una traición ideológica. La política democrática implica negociación. El punto crítico reside en determinar si la expansión transforma el proyecto o si el proyecto transforma a quienes se incorporan. Cuando no hay claridad en esa dirección, la percepción de incoherencia entre las bases sociales aumenta.

Fusión partido-Estado y riesgo de vaciamiento organizativo

Mair (2013) sostiene que uno de los fenómenos más significativos en las democracias contemporáneas es la fusión progresiva entre el partido y el Estado. Los partidos en el poder tienden a depender cada vez menos del financiamiento militante y más de los recursos institucionales; dependen menos del activismo social y más de la maquinaria administrativa.

En el caso de MORENA, su consolidación como partido dominante ha coincidido con un proceso de expansión territorial respaldado por el control de los ejecutivos y legislativos estatales. Este fenómeno refuerza su posición institucional, pero puede debilitar su dimensión como movimiento social. Desde una perspectiva de izquierda ideológica, este aspecto es fundamental. Un partido transformador no sólo debe ganar elecciones, sino también mantener una capacidad de movilización social que sea independiente del aparato estatal.

Cuando la organización se centra en lo electoral, corre el riesgo de descuidar su función pedagógica, su formación política y su vínculo orgánico con las luchas sociales concretas. La paradoja radica en que el éxito electoral —un indicador de hegemonía cuantitativa— puede coexistir con un debilitamiento cualitativo de la identidad ideológica. El partido puede obtener más gobiernos mientras pierde cohesión doctrinal.

Mutación organizativa y cultura política interna

La institucionalización no sólo implica una transformación de las estructuras formales, también modifica la cultura política interna. Panebianco (1988) sostiene que, a medida que los partidos evolucionan organizativamente, las motivaciones ideológicas son frecuentemente reemplazadas por incentivos selectivos, tales como el acceso a cargos, posiciones administrativas y redes de influencia.

Este cambio en los incentivos puede alterar la composición interna del partido. La militancia impulsada por convicciones ideológicas podría ser sustituida por actores que persiguen oportunidades en la carrera política. Aunque esto no necesariamente conlleva un colapso organizativo, sí resulta en una reconfiguración del ethos partidista.

Desde una perspectiva crítica de izquierda, esta transformación plantea preguntas sobre la profundidad del proyecto transformador. Si la estructura interna favorece trayectorias pragmáticas en detrimento de la formación ideológica, el partido podría convertirse más en un medio para la movilidad política que en un instrumento para la transformación social.

Entre hegemonía electoral y dirección moral: los límites de la institucionalización

Desde la teoría de partidos, el proceso de institucionalización de MORENA puede interpretarse como la evolución predecible de una fuerza política que alcanzó la hegemonía electoral. Sin embargo, desde una izquierda social e ideológica, este proceso revela tensiones estructurales entre coherencia transformadora y pragmatismo expansivo.

La mutación organizativa no implica necesariamente abandono del proyecto original, pero sí introduce riesgos: dilución identitaria, desplazamiento de bases sociales y dependencia creciente del aparato estatal. La pregunta que emerge no es si el partido debe institucionalizarse —ello es inevitable—, sino cómo hacerlo sin erosionar la dirección moral e intelectual que dio sentido a su surgimiento.

REPRESENTACIÓN, BASES SOCIALES Y CRISIS DE COHERENCIA IDEOLÓGICA

Representación política: entre promesa transformadora y práctica gubernamental

Uno de los pilares discursivos de MORENA durante su etapa fundacional fue la reivindicación de sectores históricamente excluidos del poder político. La promesa no sólo era redistributiva desde una perspectiva económica, sino también simbólica y representativa: el Estado debía dejar de ser un instrumento de las élites y transformarse en una expresión directa de las mayorías populares.

Desde la teoría clásica de la representación, Hanna Pitkin (1985) establece una distinción entre representación descriptiva —la inclusión de determinados grupos en espacios institucionales— y representación sustantiva —la defensa efectiva de sus intereses y demandas—. La legitimidad inicial de MORENA se basó en la expectativa de representación sustantiva de trabajadores precarizados, campesinos, pueblos originarios, juventudes excluidas y movimientos sociales urbanos. No obstante, la transición hacia el ejercicio del poder ha generado una tensión estructural entre la promesa de representación sustantiva y la práctica política institucional. Aunque el partido ha implementado políticas sociales de amplia cobertura, la conformación de espacios estratégicos de decisión —secretarías clave, coordinaciones legislativas, liderazgos estatales— no siempre refleja una ampliación sustantiva de la participación de los sectores que conformaron su base movilizadora inicial.

Desde una perspectiva crítica de izquierda, la cuestión trasciende la evaluación de programas sociales; se centra en examinar quiénes ocupan posiciones de poder estructural y cómo se configuran los mecanismos internos de toma de decisiones. La representación no se limita a transferencias económicas; también implica una participación efectiva en la dirección del proyecto político.

Desplazamiento simbólico y percepción de incoherencia

El proceso de ampliación pragmática mencionado en la sección anterior ha generado una creciente percepción de desplazamiento simbólico en determinados sectores militantes y sociales. La inclusión de individuos con experiencia en estructuras políticas asociadas al régimen anteriormente criticado provoca una tensión en la frontera moral que definió la identidad original del movimiento.

En términos del enfoque populista ya señalado, la identidad política se articula mediante una frontera antagonista entre pueblo y élite que, al volverse difusa, debilita la cohesión del proyecto colectivo (Laclau, 2005). Esto no se limita a una incoherencia retórica, sino que implica una reconfiguración del bloque político que respalda al partido. La cuestión fundamental radica en si el proyecto consigue transformar a los actores incorporados o, por el contrario, si las prácticas políticas previamente dominantes terminan por reconfigurar al partido.

Desde una perspectiva de izquierda ideológica, existe el riesgo de que la integración de las élites tradicionales no vaya acompañada de procesos de formación política y de rendición de cuentas ante las bases sociales, lo cual generaría la percepción de continuidad bajo una nueva etiqueta. Este fenómeno puede también ser analizado a través de la noción de congruencia ideológica. Los partidos que se presentan como agentes de transformación fundamentan su legitimidad en la coherencia entre su discurso y sus acciones. Cuando se percibe un debilitamiento de dicha congruencia, surge una crisis de identificación.

Bases sociales, movilización y desafección política

Peter Mair (2013) argumenta que, en las democracias contemporáneas, los partidos tienden a desconectarse progresivamente de sus bases sociales, por lo que se transforman en entidades enfocadas en la gestión del Estado en lugar de en la articulación social. Este fenómeno, que él denomina *vaciamiento*, no conlleva necesariamente una pérdida inmediata de votos, pero sí resulta en una erosión del vínculo orgánico entre la militancia y la dirigencia.

En el caso de MORENA, el crecimiento electoral ha coincidido con una relativa disminución de la centralidad de la militancia organizada en la toma de decisiones estratégicas. Los comités de base, que fueron esenciales durante la etapa de oposición, han perdido visibilidad ante las dinámicas de designación centralizada.

Este desplazamiento resulta especialmente problemático desde una perspectiva de izquierda social. Un partido que se define como un instrumento de transformación debe mantener una relación activa con movimientos sociales, organizaciones comunitarias y colectivos sectoriales. Cuando la lógica electoral reemplaza a la lógica de movilización, la organización puede experimentar una mayor estabilidad institucional, pero a costa de una menor profundidad transformadora.

En este contexto, la desafección política no necesariamente se manifiesta como una ruptura pública o un abandono inmediato. Puede presentarse como crítica interna, disminución de la participación militante o una percepción de distancia entre las bases y la dirigencia. La erosión de la confianza es un proceso gradual y acumulativo.

Representación sectorial: pueblos originarios, trabajadores y diversidad sexual

Un aspecto sensible desde la perspectiva de la izquierda ideológica es la representación sustantiva de grupos históricamente marginados. MORENA ha logrado integrar en su narrativa las demandas de justicia territorial, reconocimiento cultural y ampliación de derechos sociales. No obstante, la efectividad de la presencia de representantes provenientes de comunidades indígenas, movimientos campesinos independientes o colectivos LGBTIQ+ en posiciones clave ha sido objeto de un amplio debate público.

Desde la teoría de la representación sustantiva (Pitkin, 1985), la inclusión no se determina únicamente por el número de candidaturas, sino por la capacidad de influir en decisiones estructurales. La interrogante que surge es si los sectores populares participan en la definición del proyecto o si, en su lugar, son vistos principalmente como destinatarios de políticas diseñadas desde estructuras centralizadas.

Históricamente, la izquierda social ha argumentado que la emancipación no puede limitarse a la asistencia estatal, sino que requiere empoderamiento político y autonomía organizativa. Cuando la estructura partidista favorece perfiles con capital electoral previo en detrimento de liderazgos comunitarios, se reproduce una lógica de intermediación vertical.

Coherencia ideológica y horizonte transformador

El desafío de la coherencia ideológica no debe ser confundido con la rigidez doctrinal. La política democrática requiere negociación, adaptación y construcción de mayorías. No obstante, como lo señalan Levitsky y Roberts (2011), los partidos de izquierda que logran consolidarse enfrentan el reto de evitar que la adaptación estratégica resulte en una moderación estructural permanente.

En este sentido, la hegemonía requiere coherencia entre el horizonte normativo y la práctica política, de modo que las decisiones tácticas no desdibujen el proyecto histórico (Gramsci, 1992). Esto implica mantener un horizonte normativo claro que guíe las decisiones tácticas. Cuando las decisiones pragmáticas se perciben como contradictorias con el horizonte transformador, se debilita la legitimidad cultural del proyecto.

La crisis de coherencia ideológica no necesariamente implica un abandono del ideario, pero sí genera una creciente tensión entre el discurso fundacional y la práctica institucional. El riesgo no es únicamente electoral, sino también histórico. Un proyecto que se presenta como una transformación profunda pierde su capacidad movilizadora si es percibido como una continuidad moderada.

Entre la hegemonía cuantitativa y la fragilidad cualitativa

MORENA ha consolidado una hegemonía electoral considerable. Sin embargo, la hegemonía cuantitativa —medida en votos y cargos— no siempre se alinea con la hegemonía cualitativa —evaluada en términos de convicción ideológica y cohesión social—. Desde la izquierda social, la pregunta central es si la expansión electoral va acompañada de un fortalecimiento ideológico o, por el contrario, si se produce un proceso de normalización institucional que diluye la diferencia política original.

La experiencia comparada en América Latina muestra que los partidos de izquierda en el poder pueden experimentar desgaste cuando la distancia entre las bases sociales y la dirigencia se amplía (Levitsky y Roberts, 2011). El desafío radica en evitar que la institucionalización conduzca a una desmovilización estructural.

La transformación inconclusa: gobernar sin abandonar el horizonte histórico

La crisis de coherencia ideológica en MORENA no puede reducirse a casos individuales ni a controversias coyunturales. Responde a una tensión estructural entre institucionalización, ampliación pragmática y representación sustantiva de sus bases sociales originarias. Desde una izquierda social e ideológica, la crítica no implica desconocer avances en políticas públicas, sino señalar el riesgo de que la lógica electoral cuantitativa termine desplazando el horizonte transformador cualitativo. La pregunta que subyace es si el partido puede reconstruir mecanismos internos de deliberación, fortalecer la representación sustantiva de sectores populares y sostener coherencia entre discurso y práctica.

ÉLITES INCORPORADAS Y RECONFIGURACIÓN DEL BLOQUE POLÍTICO EN MORENA

La ampliación estratégica y la transformación del bloque de poder

Todo proyecto político que aspira a la hegemonía debe construir un bloque histórico capaz de articular intereses diversos. En términos de Gramsci (1992), la hegemonía no es mera dominación electoral, sino articulación de alianzas sociales bajo una dirección moral e intelectual. MORENA, en su fase fundacional, configuró un bloque político basado en sectores populares urbanos, clases trabajadoras precarizadas, movimientos territoriales y segmentos medios desencantados con el neoliberalismo.

Sin embargo, la consolidación electoral a partir del 2018 supuso una reconfiguración progresiva de ese bloque. La incorporación de actores provenientes de partidos tradicionales —PRI, PAN y PRD— y de élites regionales con capital político propio respondió a una lógica de expansión territorial y aseguramiento de gobernabilidad. Desde una perspectiva estratégica, dicha ampliación puede interpretarse como racional: construir mayorías legislativas, asegurar control en entidades federativas y evitar fragmentación interna.

No obstante, desde una izquierda ideológica, la cuestión no es sólo estratégica sino estructural: ¿la ampliación transformó el bloque político en sentido progresivo o lo reequilibró hacia una coalición más heterogénea y pragmática, donde intereses tradicionales recuperan peso dentro del proyecto?

Incorporación de élites tradicionales: pragmatismo o mutación ideológica

La incorporación de figuras con trayectoria en el régimen previo generó debates públicos y tensiones internas. Algunos de estos perfiles habían ocupado posiciones relevantes en gobiernos anteriores o representaban corrientes políticas asociadas a prácticas que MORENA criticó durante su etapa opositora.

Desde la teoría del partido *catch-all* (Kirchheimer, 1966), este fenómeno es predecible: los partidos dominantes tienden a flexibilizar barreras ideológicas para atraer actores con capital electoral probado. Sin embargo, el costo potencial es la dilución de la identidad doctrinal. Levitsky y Roberts (2011) muestran que en América Latina los partidos de izquierda que amplían su coalición mediante incorporación de élites tradicionales enfrentan el riesgo de moderación estructural. La tensión radica en si la incorporación responde a una subordinación táctica de los actores al proyecto transformador o si, por el contrario, genera un desplazamiento del centro de gravedad ideológico del partido.

Desde una perspectiva de izquierda, el problema no radica en la pluralidad interna —consustancial a toda política democrática—, sino en la carencia de dispositivos institucionales que garanticen coherencia programática y una rendición de cuentas efectiva frente a las bases sociales. Cuando la incorporación de élites se produce al margen de procesos sustantivos de deliberación interna, se configura un proceso de aristocratización y oligarquización organizativa. En este escenario, el poder, los privilegios y el capital simbólico tienden a concentrarse en cúpulas políticas reducidas, progresivamente distanciadas de sus bases, mientras se reproducen lógicas de negociación vertical y formas de participación meramente simuladas que erosionan la legitimidad y la densidad democrática de la organización.

Reconfiguración territorial y élites regionales

Un elemento central en la expansión de MORENA ha sido su penetración en estructuras políticas estatales y municipales previamente dominadas por partidos tradicionales. En múltiples entidades federativas, candidaturas competitivas provinieron de actores con trayectorias previas en otras fuerzas políticas. Desde una perspectiva organizativa, esta estrategia permitió acelerar la construcción territorial del partido. Sin embargo, desde un análisis crítico, también implicó incorporar redes políticas locales con prácticas preexistentes.

Panebianco (1988) advierte que los partidos en expansión territorial suelen depender de notables locales con capital político propio, lo cual introduce dinámicas centrífugas y reduce el control ideológico del centro. En el caso de MORENA, la necesidad de ganar elecciones estatales pudo haber incentivado la incorporación de liderazgos regionales con capacidad electoral, aun cuando su trayectoria ideológica fuera ambigua. La consecuencia potencial es la heterogeneidad interna creciente. Un partido cuya identidad se construyó sobre crítica al régimen neoliberal incorpora actores formados en ese mismo régimen. La pregunta no es moral, sino estructural: ¿quién hegemoniza a quién dentro del bloque ampliado?

Hegemonía cuantitativa vs. dirección moral

Cuando un partido amplía su base a través de alianzas pragmáticas, es fundamental preservar la claridad de su horizonte normativo, ya que la hegemonía supone la construcción de un liderazgo cultural que trascienda la mera acumulación institucional de poder. Desde la izquierda ideológica, el riesgo es que la lógica de acumulación cuantitativa (votos, gubernaturas, mayorías legislativas) sustituya la dirección moral. La expansión territorial puede consolidar el dominio electoral, pero si no va acompañada de formación política y cohesión ideológica, puede generar fragmentación interna.

En este sentido, la reconfiguración del bloque político en MORENA podría interpretarse como tránsito desde un bloque popular-movilizado hacia un bloque más amplio y heterogéneo, donde conviven sectores populares con élites regionales y actores con trayectorias diversas. Esta ampliación no es necesariamente negativa en sí misma; el problema emerge cuando no existe un mecanismo claro de subordinación programática al proyecto transformador.

¿Cooptación, transformación o síntesis?

Una de las preguntas centrales desde la izquierda social es si el proceso en curso representa:

1. Cooptación del proyecto original por élites tradicionales.
2. Transformación efectiva de esas élites bajo un nuevo marco ideológico.
3. Una síntesis pragmática donde el proyecto se modera para mantener cohesión.

La literatura comparada muestra escenarios distintos. En algunos casos latinoamericanos, la incorporación de élites tradicionales condujo a moderación progresiva; en otros, el liderazgo central logró disciplinar al bloque ampliado (Levitsky y Roberts, 2011). El desenlace depende de la capacidad de dirección política y la existencia de mecanismos internos de deliberación democrática.

Desde una postura crítica situada en la izquierda, el indicador clave no es la presencia de perfiles diversos, sino la orientación efectiva de políticas estructurales y la coherencia entre discurso y práctica. Si el bloque ampliado mantiene compromiso con redistribución, ampliación de derechos y fortalecimiento de sectores populares, la ampliación puede interpretarse como expansión hegemónica. Si, en cambio, la ampliación conduce a moderación programática estructural, se estaría ante una mutación ideológica más profunda.

Consecuencias para la identidad partidista

La identidad de un partido no es estática; se construye y reconstruye en el tiempo. No obstante, la mutación acelerada puede generar incertidumbre entre su militancia. La incorporación de élites tradicionales introduce narrativas internas en competencia: la narrativa fundacional de regeneración y la narrativa pragmática de consolidación.

Mair (2013) advierte que cuando los partidos se institucionalizan fuertemente, tienden a priorizar estabilidad organizativa sobre identidad movilizadora. En ese proceso, la cultura política interna puede desplazarse desde la convicción ideológica hacia el cálculo estratégico. Desde la izquierda social, el problema no es la eficacia electoral —que puede ser necesaria para sostener reformas— sino la posible pérdida de un horizonte histórico. Un proyecto transformador requiere claridad sobre su dirección; de lo contrario, corre el riesgo de convertirse en versión administrada del orden previo.

Del movimiento al aparato: riesgos de desmovilización y vaciamiento político

La incorporación de élites tradicionales y la reconfiguración del bloque político en MORENA deben analizarse como parte de un proceso estructural de institucionalización bajo condiciones de hegemonía electoral. No constituyen anomalías aisladas, sino expresiones de una lógica expansiva propia de partidos dominantes.

Sin embargo, desde una perspectiva de izquierda ideológica, este proceso plantea interrogantes sobre coherencia programática, dirección moral y representación sustantiva de las bases sociales originarias. La ampliación puede fortalecer la hegemonía cuantitativa, pero también puede introducir fragilidades cualitativas si no se sostiene una orientación transformadora clara. La tensión central no es entre pureza y pragmatismo, sino entre proyecto histórico y adaptación estratégica. La viabilidad futura del partido dependerá de su capacidad para articular un bloque ampliado sin diluir el horizonte normativo que dio sentido a su surgimiento.

HEGEMONÍA, ESTADO Y RIESGO DE NORMALIZACIÓN NEOLIBERAL BAJO UNA NUEVA ETIQUETA

Hegemonía y Estado: más allá de la victoria electoral

La consolidación de MORENA como una fuerza preponderante en el sistema político mexicano no puede ser analizada únicamente desde la perspectiva de la aritmética electoral. La noción de hegemonía conlleva una dimensión más profunda que la simple acumulación de cargos o mayorías legislativas. Desde una perspectiva gramsciana, la hegemonía implica la capacidad de articular consenso social en torno a un proyecto histórico compartido.

Un partido puede dominar en el ámbito electoral sin necesariamente transformar las estructuras fundamentales del Estado; Esta distinción es fundamental. Poulantzas (1978) advirtió que el Estado no es un instrumento neutral que se pueda simplemente ocupar, sino una condensación material de relaciones de poder. Desde esta óptica, la llegada de una fuerza de izquierda al gobierno no implica automáticamente la transformación del bloque en el poder; requiere una reconfiguración profunda de las relaciones entre el Estado, el capital y la sociedad.

En el contexto mexicano, la victoria de MORENA generó expectativas de una ruptura estructural con el modelo neoliberal. Sin embargo, el ejercicio del poder estatal implica interactuar con estructuras económicas, burocráticas y jurídicas que anteceden al nuevo gobierno. La cuestión central es si el proyecto político logra transformar dichas estructuras o si, por el contrario, termina operando dentro de ellas bajo un discurso diferente.

Neoliberalismo como racionalidad más que como política sectorial

El neoliberalismo no debe entenderse únicamente como conjunto de políticas de privatización o apertura comercial. Como han señalado autores como Brown (2015), el neoliberalismo es una racionalidad política que reorganiza la vida social bajo principios de competencia, eficiencia y mercantilización.

Desde esta perspectiva, el riesgo para un partido que se presenta como transformador no es simplemente mantener ciertos equilibrios macroeconómicos, sino reproducir lógicas estructurales de gobernanza que priorizan estabilidad fiscal, disciplina presupuestaria y centralidad del mercado como organizador social. La crítica desde la izquierda ideológica no implica desconocer la complejidad de gobernar en un contexto globalizado, sino preguntar si las decisiones estratégicas reproducen la racionalidad neoliberal o si la desplazan progresivamente hacia un modelo alternativo de desarrollo y organización social.

Continuidad estructural y administración reformista

Uno de los debates centrales en la teoría política contemporánea es la distinción entre reforma y transformación. Las reformas pueden modificar políticas públicas sin alterar las relaciones estructurales de poder, mientras que la transformación implica reconfigurar esas relaciones. Levitsky y Roberts (2011) documentan que varios gobiernos de izquierda en América Latina lograron combinar estabilidad macroeconómica con expansión de políticas sociales. Sin embargo, el grado de ruptura con el modelo neoliberal varió significativamente.

En el caso mexicano, el proyecto de la llamada Cuarta Transformación se presentó como una ruptura histórica. Desde una izquierda crítica, la cuestión es si esa transformación se ha orientado hacia un modelo postneoliberal o si ha consolidado un reformismo distributivo dentro de los límites estructurales heredados. El riesgo de normalización bajo una nueva etiqueta radica en que la narrativa transformadora conviva con una gestión que, en lo esencial, no altere la lógica central de acumulación y relación Estado-mercado. Esto no implica afirmar continuidad absoluta, sino señalar la tensión entre discurso y estructura.

Estado social ampliado o centralización ejecutiva

Otro eje relevante es la relación entre ampliación de políticas sociales y concentración del poder ejecutivo. Para Gramsci (1992), la construcción hegemónica requiere la participación de la sociedad civil organizada, no sólo redistribución estatal. Desde esta perspectiva, la expansión de programas sociales puede fortalecer la legitimidad popular. Sin embargo, si esa expansión no va acompañada de fortalecimiento autónomo de organizaciones sociales y mecanismos deliberativos, puede producir una relación vertical entre Estado y ciudadanía.

Desde la izquierda social, el desafío no es únicamente ampliar transferencias, sino promover el empoderamiento político colectivo. Cuando el Estado se convierte en el principal mediador exclusivo de demandas sociales, se reduce el espacio de organización autónoma. Mair (2013) advierte que los partidos gobernantes pueden volverse cada vez más dependientes del aparato estatal y menos de la movilización social; en ese escenario, la hegemonía electoral puede coexistir con el debilitamiento de la sociedad civil organizada.

Capital, inversión y límites estructurales

La economía política del Estado contemporáneo impone restricciones reales. Los gobiernos operan en mercados financieros globales, bajo presión de inversión extranjera y marcos regulatorios internacionales. Sin embargo, la izquierda crítica sostiene que aceptar esos límites como inmutables equivale a naturalizar la racionalidad neoliberal.

El debate no se reduce a estabilidad macroeconómica versus radicalismo económico. Se trata de examinar si las decisiones estratégicas apuntan hacia diversificación productiva, fortalecimiento de economía social y regulación efectiva del capital, o si se prioriza la continuidad del modelo extractivo-exportador con ajustes redistributivos.

La normalización neoliberal bajo nueva etiqueta puede adoptar la forma de retórica transformadora combinada con mantenimiento de estructuras económicas fundamentales.

En ese caso, el riesgo es que la diferencia política se reduzca al estilo discursivo más que a una reconfiguración material.

Hegemonía cultural y horizonte histórico

Gramsci (1992) insistía en que la hegemonía no es sólo dominio institucional, sino la construcción de un sentido común alternativo. En este sentido, una fuerza de izquierda en el poder debe disputar no sólo políticas públicas, sino imaginarios sociales sobre desarrollo, justicia y democracia.

Desde la izquierda ideológica, el problema central no es la adaptación estratégica, sino la posible renuncia gradual al horizonte histórico transformador. Cuando el discurso radical convive con prácticas administrativas moderadas sin explicación política explícita, se genera ambigüedad identitaria.

La hegemonía cuantitativa puede sostenerse durante ciclos electorales amplios. Sin embargo, si no se consolida una hegemonía cultural y estructural, el proyecto puede enfrentar desgaste cuando cambien las condiciones económicas o políticas.

¿Transformación histórica o estabilización reformista?

El núcleo del debate puede sintetizarse en una pregunta: ¿el proceso en curso representa una transformación histórica del Estado mexicano o una estabilización reformista del modelo previo con mayor sensibilidad social?

Desde una izquierda social crítica, el riesgo de normalización neoliberal no implica negar avances sociales concretos, sino advertir que la transformación estructural exige alterar correlaciones de fuerza en el ámbito económico, fortalecer organización social autónoma y mantener coherencia ideológica en la construcción del bloque político.

Cuando la ampliación pragmática del bloque incorpora élites tradicionales sin una redefinición profunda de relaciones estructurales, el proyecto puede tender hacia una síntesis moderada más que hacia una ruptura histórica.

Pragmatismo expansivo y crisis de identidad: el desafío de sostener la coherencia

La hegemonía de MORENA no puede medirse únicamente por su éxito electoral. La cuestión decisiva es si esa hegemonía se traduce en una transformación estructural del Estado y del modelo de desarrollo o si deriva en una administración reformista dentro de los límites neoliberales reconfigurados discursivamente.

Desde una izquierda social e ideológica, la crítica no se formula en clave de deslegitimación, sino de advertencia estructural: la institucionalización acelerada, la incorporación de élites tradicionales y la adaptación pragmática pueden fortalecer la estabilidad política, pero también pueden introducir el riesgo de normalización bajo una nueva etiqueta. La tensión central no es entre gobernabilidad y radicalidad, sino entre horizonte histórico transformador y adaptación estructural al orden existente.

CONCLUSIONES: ENTRE ESPERANZA HISTÓRICA Y DILEMA ESTRUCTURAL DE LAS IZQUIERDAS EN EL PODER

El caso de MORENA ejemplifica de manera clara uno de los dilemas estructurales más persistentes en la historia de las izquierdas contemporáneas: la tensión entre la movilización transformadora y la institucionalización estatal. Su ascenso al poder en 2018 simbolizó una acumulación histórica del descontento social frente al neoliberalismo mexicano, lo cual ha abierto un horizonte de expectativa política que trascendía la mera alternancia electoral. Para amplios sectores populares, la victoria representó no sólo un triunfo partidista, sino la oportunidad de una reconfiguración profunda del Estado, del modelo de desarrollo y de las relaciones entre el poder y la sociedad.

Sin embargo, como lo indica la literatura comparada sobre partidos de izquierda que han alcanzado el poder (Levitsky y Roberts, 2011), el acceso a éste introduce una tensión estructural entre la coherencia ideológica y el pragmatismo expansivo. En este sentido, MORENA no es una excepción. La acelerada institucionalización, la expansión territorial, la constante inclusión de élites tradicionales, así como la progresiva marginación de sus bases sociales y de actores de estos sectores —principalmente para puestos estratégicos— responden a una lógica comprensible de consolidación hegemónica que ha producido efectos ambivalentes.

Desde una perspectiva organizativa, la transición de partido-movimiento a partido dominante ha fortalecido la capacidad electoral y el control institucional. Desde el enfoque de la teoría de partidos (Panebianco, 1988; Kirchheimer, 1966), esta transformación es predecible: la maximización del voto tiende a desplazar la centralidad doctrinal. El problema no reside en la institucionalización en sí —que es inevitable para cualquier fuerza que gobierna— sino en la dirección que adopta esta institucionalización.

Desde una izquierda social e ideológica, la cuestión crucial no es si el partido debe negociar, sino qué tipo de proyecto hegemoniza esas negociaciones. Cuando la ampliación pragmática del bloque político no va acompañada de mecanismos sólidos de deliberación interna, formación ideológica y rendición de cuentas hacia las bases sociales, surge una percepción de desplazamiento simbólico. Sectores que fueron el núcleo articulador del movimiento pueden sentirse marginados en la definición estratégica del proyecto.

La crisis de coherencia ideológica señalada a lo largo del ensayo no implica una ruptura total ni un abandono explícito del horizonte transformador, más bien, refleja una tensión acumulativa entre el discurso fundacional y la práctica institucional. La frontera antagonica que estructuró la identidad originaria del movimiento —pueblo frente a élite— se vuelve más ambigua cuando actores asociados al régimen anterior son incorporados al bloque gobernante sin una redefinición explícita de su papel político.

La experiencia comparada sugiere que las izquierdas en el poder enfrentan tres posibles trayectorias: radicalización estructural con riesgo de aislamiento, moderación pragmática con estabilidad institucional o una síntesis híbrida que combina redistribución con continuidad macroeconómica (Levitsky y Roberts, 2011). En el caso mexicano, el proceso parece orientarse hacia una forma de reformismo distributivo dentro de límites

estructurales heredados. Así, la hegemonía exige no sólo control institucional, sino también dirección moral e intelectual (Gramsci, 1992). La pregunta central es si MORENA está construyendo un nuevo sentido común alternativo al neoliberalismo o si su proyecto corre el riesgo de normalizarse como una administración social del orden existente. La diferencia es sustancial: redistribuir dentro del mismo paradigma es una cosa; transformar las relaciones estructurales que producen desigualdad es otra.

Asimismo, la relación entre el partido y el Estado constituye un punto crítico. Como advierte Mair (2013), cuando los partidos se fusionan en exceso con el aparato estatal, pueden perder su conexión orgánica con la sociedad civil organizada. La hegemonía electoral puede coexistir con un debilitamiento cualitativo del vínculo militante. Para una izquierda que aspira a una transformación histórica, la movilización social autónoma es una condición necesaria para la sostenibilidad política.

El dilema estructural no es exclusivo de MORENA ni del contexto mexicano; es inherente a toda izquierda que transita de la oposición moral al ejercicio del poder estatal. La administración cotidiana exige compromisos, pero la transformación histórica demanda un horizonte estratégico. El equilibrio entre ambos planos define el carácter del proyecto. Desde la izquierda social, la crítica aquí formulada no busca deslegitimar la experiencia histórica que representa MORENA, sino subrayar sus tensiones constitutivas.

La esperanza sociopolítica que acompañó su surgimiento no necesariamente se desvanece por completo; sino que se reconfigura bajo condiciones de poder. Sin embargo, si la ampliación pragmática se consolida como lógica dominante sin fortalecimiento paralelo de coherencia ideológica y participación sustantiva de las bases sociales, el riesgo es que el proyecto pierda su potencia transformadora y derive en una estabilización reformista del modelo previo. El futuro del proyecto dependerá de su capacidad para:

1. Reconstruir mecanismos internos de deliberación democrática.
2. Fortalecer la representación sustantiva de sectores populares en posiciones estratégicas.
3. Mantener claridad programática frente a la ampliación pragmática del bloque político.
4. Impulsar transformaciones estructurales que excedan la redistribución asistencial y modifiquen las relaciones de poder económico.

En última instancia, la pregunta no es si MORENA ha traicionado su origen, sino si logrará resolver el dilema estructural que enfrentan las izquierdas en el poder: gobernar sin renunciar a transformar. La hegemonía electoral puede sostenerse por varios ciclos; la hegemonía histórica exige coherencia entre el horizonte normativo y la práctica institucional.

La esperanza sociopolítica no desaparece automáticamente con la institucionalización, pero sí se redefine. El desafío consiste en evitar que esa redefinición termine vaciando el contenido transformador que le dio sentido. Entre la esperanza histórica y la adaptación estructural se juega el destino político de las izquierdas contemporáneas.

REFERENCIAS

- Brown, W. (2015). *Undoing the Demos: neoliberalism's stealth revolution*. Zone Books. <https://doi.org/10.2307/j.ctt17kk9p8>
- Bruhn, K. (2021). AMLO y su partido. *Política y gobierno*, 28(2), 19–26. <http://www.politicaygobierno.cide.edu/index.php/pyg/article/view/1559>
- Gramsci, A. (1992). *Selections from the prison notebooks of Antonio Gramsci* (Q. Hoare y G. Nowell Smith, Eds. y Trans.). Lawrence & Wishart/International Publishers, New York. <https://ia600506.us.archive.org/19/items/Antonio-GramsciSelectionsFromThePrisonNotebooks/Antonio-Gramsci-Selections-from-the-Prison-Notebooks.pdf>
- Kirchheimer, O. (1966). The transformation of the Western European party systems. En J. LaPalombara y M. Weiner (Eds.), *Political parties and political development* (pp. 177–200). Princeton University Press. https://www.jstor.org/stable/j.ctt183prjd?turn_away=true
- Laclau, E. (2005). *On populist reason*. Verso. <https://voidnetwork.gr/wp-content/uploads/2016/09/On-Populist-Reason-by-Ernesto-Laclau.pdf>
- Levitsky, S. y Roberts, K.M. (Eds.). (2011). *The resurgence of the Latin American left*. Johns Hopkins University Press.
- Mair, P. (2013). *Ruling the void: The hollowing of Western democracy*. Verso.
- Panebianco, A. (1988). *Political parties: organization and power*. Cambridge University Press. <https://archive.org/details/politicalpartiesooooopane>
- Pitkin, H.F. (1985). *El concepto de representación*. Centro de Estudios Constitucionales. https://arditiesp.wordpress.com/wp-content/uploads/2015/01/pitkin_concepto_representacion_1985.pdf
- Poulantzas, N. (1978). *State, power, socialism*. Presses Universitaires de France. <https://archive.org/details/statepowersocial-ooooopoul>
- Trejo, G. y Ley, S. (2020). *Votes, drugs, and violence: the political logic of criminal wars in Mexico*. Cambridge University Press. <https://www.cambridge.org/core/books/votes-drugs-and-violence/A2CoF345D1B34B8046D8C3F6B3F1D672>
- Weyland, K. (2001). Clarifying a contested concept: populism in the study of Latin American politics. *Comparative Politics*, 34(1), 1–22. <https://doi.org/10.2307/422412>